

Disolución de la identificación partidaria en Chile¹

MAURICIO MORALES

1 Agradezco los comentarios recibidos en el seminario desarrollado por el Instituto de Investigación en Ciencias Sociales (ICSO) de la Universidad Diego Portales. De igual forma, mi gratitud con Miguel Ángel López, quien comentó y criticó detalladamente una versión original del manuscrito. Ciertamente, la responsabilidad por eventuales errores u omisiones recae exclusivamente en el autor.

2 Hay algunas excepciones como Schuster (2007), Toro (2009), Segovia (2009), Morales y Rubilar (2010).

La identificación partidaria en Chile ha caído de manera sistemática. Sin embargo, el tema no ha recibido tan amplia cobertura como sí ha sucedido con el análisis del sistema y participación electorales². La identificación partidaria, frecuentemente, es considerada casi como un hecho de la causa. Dado que Chile tiene uno de los niveles de volatilidad electoral más bajos de América Latina, se supone que los partidos mantienen una fuerte raigambre social y que aquello representa precisamente un indicador de estabilidad. Lo que no se observa en detalle es el evidente proceso de desafección partidaria. Éste parece quedar oculto por los bajos niveles de volatilidad y la estabilidad de la competencia.

Contrario a lo que plantea la tipología de la institucionalización partidaria (Mainwaring y Scully, 1995; Mainwaring, 1999; Payne et al., 2003), es posible la convivencia entre partidos sin arraigo social y competencias electorales estables. Tal combinación es, al menos, contraintuitiva. Se supone que la estabilidad se logra precisamente porque hay partidos con fuertes bases sociales y altos niveles de adhesión. Como los identificados votan continuamente por el mismo grupo, entonces el resultado será baja volatilidad y, en consecuencia, alta estabilidad de la competencia. Pero Chile no calza con esta lógica argumentativa. Siendo uno de los países con el sistema de partidos más institucionalizado de la región, la desafección está muy por sobre el promedio continental.

Sobre la base de esta inquietud teórica, estudio los factores que explican la filiación partidaria en Chile de acuerdo a los datos de la última Encuesta Nacional UDP. Tomo las variables más típicas en el análisis de la identificación partidaria -utilizadas, entre otros, por Dalton (1999, 2000 y 2002)- para las democracias industrializadas avanzadas. Si bien existe la tentación de clasificar a Chile como un caso similar a este tipo de democracias, en este trabajo muestro que existen algunas precauciones antes de promover dicha clasificación.

En términos muy generales, Dalton sostiene que la identificación partidaria en las democracias industrializadas avanzadas ha caído producto del incremento de las capacidades cognitivas de los electores (movilidad social y educación) y, también, por el auge de los medios de comunicación. En este escenario, los ciudadanos serían más autónomos de los grupos políticos, dejando de percibirlos como las agencias

exclusivas de representación. Según el autor, entonces, la identificación partidaria tendería a alojarse en los segmentos menos educados y de mayor edad. Los datos de la Encuesta Nacional UDP 2010 no son consistentes con este planteamiento teórico. En Chile la edad no discrimina en función de la identificación y, contrario al modelo de Dalton, son los más educados los que muestran mayores niveles de identificación partidaria. La tesis de Dalton también es discutida por Albright (2009) para democracias avanzadas.

En consecuencia, Chile parece ser un caso anormal no sólo para la tipología de la institucionalización partidaria, sino que también para las teorías que apuntan hacia la modernización como causante de la de-safección política. De igual forma, Chile tampoco calza plenamente con las conclusiones de Mainwaring et al. (2006) en su análisis sobre la falta de adhesión en las democracias andinas. Una tesis central de los autores pasa por explicar la desafección en función de la ineficiencia del Estado en el suministro de bienes públicos básicos (justicia y seguridad pública, entre otros). La baja representación no tiene que ver con el bloqueo a la participación o a la representación, sino con las fallas del Estado para suministrar esos bienes. "The formal systems of representation in these countries are already open. The grave deficiency is in state capacity" (Mainwaring, 2006: 302).

Si bien en Chile la delincuencia es percibida como el principal problema del país, los tribunales de justicia -en el contexto latinoamericano- presentan niveles de confianza razonables pero determinados por el nivel de ingresos: los más pobres muestran menores niveles de confianza (LAPOP, 2008). Por tanto, aunque Chile pueda cumplir algunas de las condiciones de ineficiencia estatal detectadas por Mainwaring et al. (2006) para las democracias andinas, sus características no obedecen exactamente a este grupo de países. Esto, sin perjuicio de reconocer que la crítica a la eficiencia del Estado provenga de los sectores con menos recursos.

Existen seguramente otras variables que explican por qué Chile combina estabilidad electoral y distanciamiento hacia los partidos. La respuesta más lógica está en las normas institucionales; el sistema electoral binominal se ha convertido en la barrera que impide transformar la desafección en mayor volatilidad. Como los partidos están prácticamente obligados a convivir en coaliciones, entonces las posibilidades del elector están reducidas a sólo dos actores competitivos. La pregunta es por qué, entonces, este método se replica para elecciones locales con sistemas electorales distintos, particularmente en la de concejales que tiene magnitudes de distrito de 6, 8 y 10.

En las elecciones de concejales claramente la volatilidad es mayor, pero insuficiente como para generar cambios sustantivos en el sistema de partidos. Lo que sucede es que los conglomerados generan acuerdos intertemporales entre los actores. Un acuerdo electoral municipal tiene efectos sobre un futuro compromiso presidencial y parlamentario, más aún si, por el calendario electoral, los comicios municipales anteceden por poco más de un año a las elecciones parlamentarias y presidenciales. Esto explica por qué las coaliciones mantienen casi idéntica composición en dos elecciones con lógicas electorales diferentes. La excepción, ciertamente, fue 2008. En éstas, la Concertación presentó dos listas de concejales. Amplió al doble su número de candidatos, pero aún así el resultado estuvo lejos de ser satisfactorio.

Este artículo se divide en tres partes. En la primera, describo los principales planteamientos teóricos en torno a la identificación partidaria y comparo a Chile con el resto de los países de la región. La segunda parte analiza descriptivamente la identificación partidaria en Chile de acuerdo a los datos de la última Encuesta Nacional UDP. Finalmente, se muestra un análisis inferencial que exhibe los principales determinantes de la identificación partidaria.

¿Importa la identificación partidaria?

Las investigaciones sobre la identificación partidaria tienden a entenderla como una característica deseable y normativamente “buena” para la democracia. Los estudios seminales de la Escuela de Michigan (o escuela de la identificación partidaria) así lo señalan. El proceso de socialización de los individuos es central en el desarrollo de las actitudes políticas, destacando la identificación partidaria cuya característica central es un vínculo afectivo entre elector y partido (Miller y Shanks, 1996; Holmberg, 2007). Esta lealtad partidaria impacta sobre la estabilidad de la competencia política. Como la identificación es el principal predictor de la intención de voto, entonces los ciudadanos identificados difícilmente cambian sus preferencias, prefiriendo sistemáticamente el mismo partido. En consecuencia, altos niveles de identificación irían asociados a una alta estabilidad de la competencia político-electoral. Esto es, al menos, lo que se desprende de la discusión en torno a la institucionalización partidaria que revisé más arriba. Que a mayor raigambre social de los partidos, menores niveles de volatilidad y mayor estabilidad de la competencia.

Lo anterior parece confirmar a la identificación partidaria como una condición necesaria para el buen funcionamiento de los sistemas de partidos. De hecho, fue vista como una “causa primera” de otras predisposiciones políticas y, en tal sentido, era una condición escasamente variable (Campbell et al., 1960). La discusión tomó otro cariz cuando en Estados Unidos se comenzaron a producir cambios en la identificación partidaria monopolizada por demócratas y republicanos (Abramson y Ostrom, 1994; Bishop et al., 1994; MacKuen et al., 1989). Desde otras perspectivas, en tanto, la identificación partidaria cumple la función de generar atajos informacionales a los electores (Hinich y Munger, 1994). Como en las campañas existe abundante información sobre partidos y candidatos, esta preferencia política permite ahorrar ese costo. Los electores reconocidos con un determinado partido, lo terminarán votando sin mediar un análisis exhaustivo de todas las candidaturas disponibles.

3 Los datos de identificación partidaria corresponden al estudio LAPOP de 2008, mientras que el índice de calidad de la democracia fue extraído de Levine y Molina (2007).

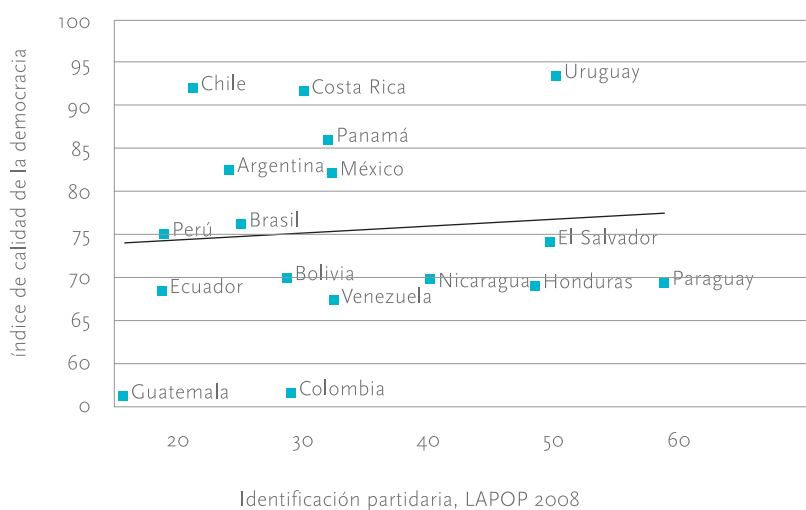
Entonces, si la identificación partidaria favorece la institucionalización de los sistemas de partidos, y si pensamos que los modelos más institucionalizados tendrán una mejor calidad de democracia (Levine y Molina, 2007), la identificación debiese afectar positivamente a la calidad de ésta. Pero los datos no muestran evidencia contundente de esta relación. Más bien la adhesión partidaria no tiene un efecto sistemático sobre la calidad de la democracia o, al menos, son dos variables que no están relacionadas linealmente (el coeficiente de correlación es de 0.088, ver gráfico 1)³. Chile, por ejemplo, es clasificado como uno de los países con mayor nivel de calidad de democracia en América Latina, pero sus porcentajes de identificación partidaria están muy por debajo del promedio regional.

Esto puede deberse al tipo de identificación que frecuentemente se analiza. Lo más probable es que se observe como “normativamente buena” a la identificación programática, pero no a la adhesión clientelar. Dos casos que representan estos tipos de filiación son Uruguay y Paraguay, respectivamente. Ambos tienen niveles de adhesión muy por sobre el promedio latinoamericano, pero sus niveles de calidad de la democracia difieren sustantivamente. Así, puede ser que la literatura sobre la institucionalización de los sistemas de partidos en América Latina haya pensado más en la identificación programática como una condición saludable para la democracia en lugar de la clientelar.

Lo anterior abre la puerta para otra aproximación teórica hacia la identidad partidaria que sólo dejó mencionada en este trabajo. Todo parece indicar que no se ha hecho un esfuerzo suficiente para distinguir los tipos de adhesión partidaria que existen en América Latina. En algunos países postcomunistas, por ejemplo, se ha distinguido entre identificación positiva y negativa en función del rechazo al totalitarismo, lo que permite un análisis más específico (Rose y Mishler, 1998; Brader y Tucker, 2001). En América Latina, en tanto, la filiación partidaria no ha sido un tema ampliamente cubierto por la literatura y, además, frecuentemente se utiliza una conceptualización más norteamericana para definir lo que se entiende por ella. De ahí, probablemente, que se piense en la identificación partidaria como una dimensión general sin profundizar en una eventual tipología que contribuya a caracterizarla en los distintos países. Seguramente existe una variedad de mecanismos que permite la reproducción de la identificación, ya sea ésta de orden programático o clientelar. Es un área poco explorada por la literatura que requiere de un estudio más detallado. De lo contrario, no podremos entender por qué Paraguay y Uruguay tienen niveles similares de adhesión política, pero calidades de democracia totalmente opuestas.

Gráfico 1

Calidad de la democracia e identificación partidaria



Fuente: Elaboración propia con datos de LAPOP 2008 y Levine y Molina (2007).

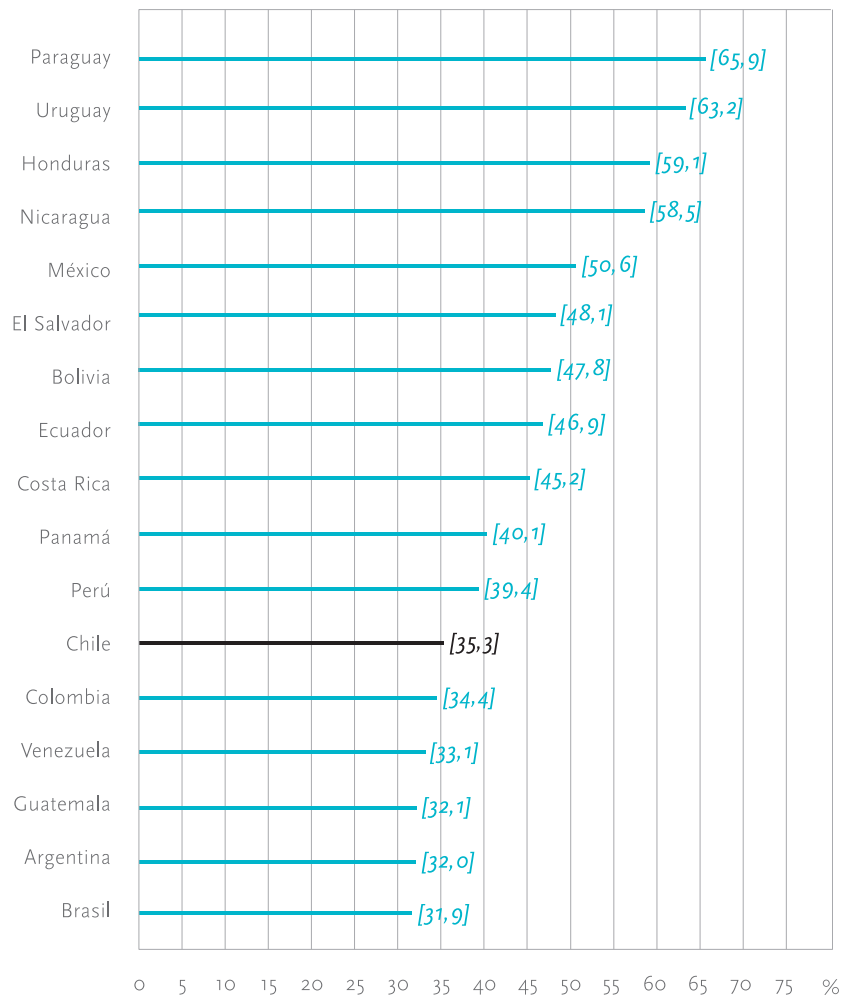
Identificación partidaria en Chile

Existe una serie de preguntas que intentan medir la filiación partidaria. El Latinobarómetro, por ejemplo, formuló la consulta de adhesión de manera intermitente desde 1995 a 2003. El gráfico 2 muestra el promedio de cada país en esta serie. La pregunta que se realiza es la siguiente: “Respecto a los partidos, ¿cómo se siente Ud.?: muy próximo, bastante próximo, simplemente simpatizante, no está próximo a ningún partido político”. Para el cálculo se sumaron las opciones “muy próximo”, “bastante próximo” y “simplemente simpatizante”. Chile aparece en la zona baja de la distribución con sólo un tercio de identificación partidaria en promedio.

El reciente estudio LAPOP de 2010, en tanto, muestra un panorama menos auspicioso. Chile está en el último lugar en América Latina con tan sólo un 11% de adhesión. LAPOP realiza una pregunta más sencilla que es la siguiente: “En este momento, ¿simpatiza con algún partido político?: sí/no”. Más allá de las cifras, lo concreto es que el desarraigo partidario es evidente. Independiente del tipo de encuesta, muestreo y preguntas que se formulen.

Gráfico 2

Identificación partidaria en América Latina, promedio 1995-2003. Datos Latinobarómetro



Fuente: Elaboración propia con datos de LAPOP 2008 y Levine y Molina (2007).

Desde 2005, la Encuesta Nacional UDP ha preguntado sistemáticamente por la identificación partidaria. Lo hace en un formato distinto al implementado por los dos estudios citados. La pregunta es la siguiente: “¿Cuál de los siguientes partidos políticos representa mejor sus intereses, creencias y valores?”. El fraseo es mucho más específico y al encuestado se le entrega el listado de partidos existentes. Acá no se trata de medir intención de voto pues el encuestado no es llevado al escenario hipotético de prontas elecciones parlamentarias. Lo que se intenta medir, al igual que las preguntas de las otras instituciones, es el grado de vínculo afectivo (no evaluativo) con el partido.

Como se observa en el gráfico 3, la identificación partidaria ha caído bruscamente. Si en 2005 el 47,5% se reconocía con algún partido, en 2010 esa cifra cayó al 26,3%. Algo similar, pero de menor magnitud, ha ocurrido con la identificación ideológica. Es decir, el porcentaje de encuestados que se autoubica en algún punto de la escala de izquierda a derecha. En 2005, el 76,3% se autopusicionaba en algún peldaño de la escala, cifra que descendió al 56,2% en 2010. En ambos casos la caída ha sido de 20 puntos, pero la identificación partidaria lo ha hecho de manera más acelerada. Comparando 2010 con 2005, la caída ha sido de un 44,6%. Es decir, y tomando como base el 47,5% de 2005, la caída de 21,2 puntos representa el 44,6% de ese valor original. La identificación ideológica, en tanto, ha caído en un 26,3% (20,1 puntos considerando como base el porcentaje de 2005, que fue de 76,3%).

Ambas noticias son indicadores de la crisis de representación. Evidentemente, esta crisis no es asimilable a la que ocurre en otros países de la región, pero tampoco es comparable con lo que sucede en las democracias industrializadas avanzadas. Lo concreto, eso sí, es que estos datos muestran que es posible la convivencia de bajos niveles de vinculación partidaria y competencia política estable. Además, los datos indican que si bien la identificación más programática o ideológica ha descendido, aún existe una buena porción de chilenos que se sigue representando en la escala izquierda-derecha (Zechmeister, 2010). Ciertamente esto puede dar paso a un electorado de corte más clientelar que programático, cuestión que puede fortalecerse en caso de implementar el sistema de voto voluntario. Como los ciudadanos no estarán constreñidos institucionalmente para votar (no serán sancionados), a lo mejor se consolida un lazo más clientelar que genere los incentivos suficientes para que los electores acudan a las urnas.

Los gráficos 4, 5, 6 y 7 muestran la relación entre filiación partidaria e ideológica con algunas variables sociodemográficas. En primer lugar, se observa que la edad no tiene un efecto sustantivo sobre los niveles de identificación partidaria y también parece no tenerlo sobre la identificación ideológica (gráfico 4). Esto echa por tierra la primera gran apreciación de Dalton en su análisis de las democracias industrializadas avanzadas. Como son los jóvenes los que más se exponen a los medios de comunicación y cada vez se consideran más autónomos de los partidos, entonces la identificación debería ser más baja en ellos que en el resto de la población. Los jóvenes, seguramente, no han tenido la suficiente experiencia electoral como para vincularse con algún partido.

Lo señalado puede ser propio de una democracia reciente, considerando que Chile dio paso a elecciones competitivas hace apenas 20 años. Entonces, y siguiendo a Converse (1969) y Dalton y Weldon (2007), puede ser que la juventud de nuestra democracia explique por qué no existen diferencias entre jóvenes y adultos en términos de adhesión

partidaria. Otra interpretación podría sostener que el caso de Chile sigue cuestionando esta teoría general, dado que parte sustantiva del electorado que votó en el plebiscito de 1988 también lo hizo en las elecciones pre 1973 y que, además, los jóvenes de 18 años que votaron en ese plebiscito fueron socializados en un ambiente de alta politización, contrario a la generación que comenzó a votar después de las elecciones inaugurales. En otras palabras, lo esperado sería que quienes sufragaron en el plebiscito (40 años y más) presenten mayores niveles de identificación partidaria que los jóvenes, dado que han tenido más experiencia electoral y fueron socializados en un fuerte ambiente político. No obstante, al realizar el corte entre encuestados menores de 40 años y de 40 años y más, las diferencias no son estadísticamente significativas. Ambos grupos evidencian similares porcentajes de representación partidaria (27,4% y 25,4% respectivamente).

Respecto al nivel educativo, la tendencia de Chile es opuesta a lo que sucede en las democracias industrializadas avanzadas (gráfico 5). La identificación está claramente concentrada en los segmentos con mayores niveles de educación. Aquí utilizo la variable en forma íntegra, pero siendo precavido respecto al bajo número de casos de las categorías polares como “sin estudios” (11 casos) y “postgrado” (13 casos). Excluyendo o recodificando estos datos, la tendencia se mantiene sin mayor variación. Igual cosa sucede al analizar la identificación ideológica. Los más educados presentan mayores porcentajes de cercanía política.

Se podría decir que las teorías más modernizadoras no se aplican plenamente al caso de Chile. No es que las personas más ricas tengan mayores niveles de desafección porque se sientan independientes de los partidos, o porque no los consideren relevantes como agencias de representación. Más bien, la desafección aparece con mayor fuerza en los segmentos menos educados y de menores ingresos (gráfico 6), y no discrimina por sexo ni hábitat (Santiago versus regiones).

4 Mainwaring (2006) también subraya como determinantes de la crisis de representación a las tasas de delito, corrupción y al auge de los medios de comunicación. Según el autor, como oposición y gobierno se enfrentan sistemáticamente a través de la prensa ventilando casos de corrupción o exagerando los aspectos negativos del partido que está en el poder, entonces se produce una guerra de trincheras que distancia aún más a la ciudadanía de los partidos.

Acá podría tener mayor sentido la hipótesis de Mainwaring et al. (2006) guardando las proporciones en la comparación con las democracias andinas. Puede ser que sean precisamente los más pobres y/o menos educados los que muestren mayores niveles de insatisfacción con la función del Estado en la provisión de bienes públicos básicos como, por ejemplo, justicia y seguridad ciudadana⁴. Si cruzamos el nivel educativo y la satisfacción con la democracia, son los segmentos menos educados los que muestran menores porcentajes de satisfacción (particularmente las personas sin estudios o con educación básica incompleta), sucediendo lo mismo al utilizar el nivel socioeconómico. Entonces, este tipo de percepciones podría estar influyendo en el proceso de desafección, a lo que se suman las peores evaluaciones y expectativas respecto a la economía del país y la economía personal por parte de los segmentos con menos recursos. No sostengo que estos factores sean los más relevantes o los únicos que influyen en el desarraigo partidario. Doy parte de crédito a la teoría que se ha desarrollado en torno a la desafección en América Latina desde las percepciones ciudadanas, considerando la ineficiencia del Estado para suministrar bienes públicos.

Para finalizar esta sección y siguiendo a Colomer y Escatel (2005) cruzo la identificación partidaria con la ideológica. Parto del supuesto que el grupo de los identificados consistentes (encuestados que se identifican con partidos y en la escala) ha caído bruscamente, creciendo el grupo de los desafectos sistemáticos (entrevistados que no se identifican con partidos ni con la escala política). Para ello comparo esta tabla de

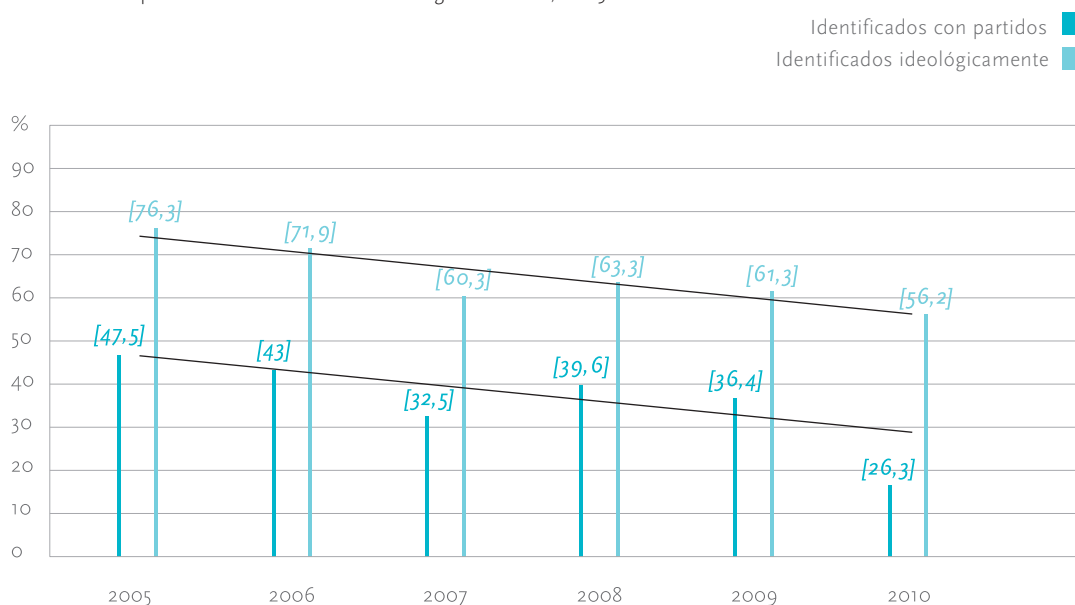
contingencia con datos de 2005 a 2010, a fin de capturar los principales cambios. Los resultados se reportan en el gráfico 8.

Efectivamente, el grupo de los consistentes ha caído de 45,7% en 2005, a 25,3% en 2010, mientras que el grupo de los desafectos sistemáticos creció de 21,9% a 42,9%. Se podría suponer que estos cambios se produjeron de manera brusca. Al seguir la serie de tiempo de la Encuesta Nacional UDP, desde 2005 a 2010, esta hipótesis tiene cierto asidero dado el incremento sustantivo de los desafectos sistemáticos. En 2005 eran 21,9%, en 2006 pasaron a 27,1%; en 2007 a 38,3%; en 2008 bajan a 34,6%; en 2009 a 37,4%; y en 2010 a 42,9%. No hay una tendencia que marque cambios más transitorios. Me refiero a la evolución del grupo de encuestados desafectos con partidos, pero con adhesión ideológica.

El grupo mencionado ha bordeado sistemáticamente (exceptuando 2008) el 30%. Por tanto, se hace difícil pensar que los encuestados realicen un tránsito que resulta más o menos lógico. Es decir, dejar de vincularse con un partido, pero seguir representándose con algún peldaño de la escala política, para después dejar de identificarse tanto con partidos como con la escala. Para fortalecer esta conclusión sería necesario contar con encuestas en formato de panel, pero al menos acá se muestra una tendencia más o menos clara. Lo mismo sucede con el grupo de identificados no ideológicos (Colomer y Escatel, 2005), que son aquellos que se identifican con algún partido, pero que no son capaces de autoubicarse en el eje izquierda-derecha. Presuntamente, se trataría de ciudadanos más inclinados hacia políticas de orden clientelar. En Chile no han sobrepasado el 2,2%.

Gráfico 3

Identificación partidaria e identificación ideológica en Chile, 2005-2010



Fuente: Elaboración propia con datos de la Encuesta Nacional UDP 2010.

Gráficos 4, 5, 6 y 7.
Identificación partidaria e ideológica según variables sociodemográficas

Gráfico 4

Identificación partidaria e ideológica según edad

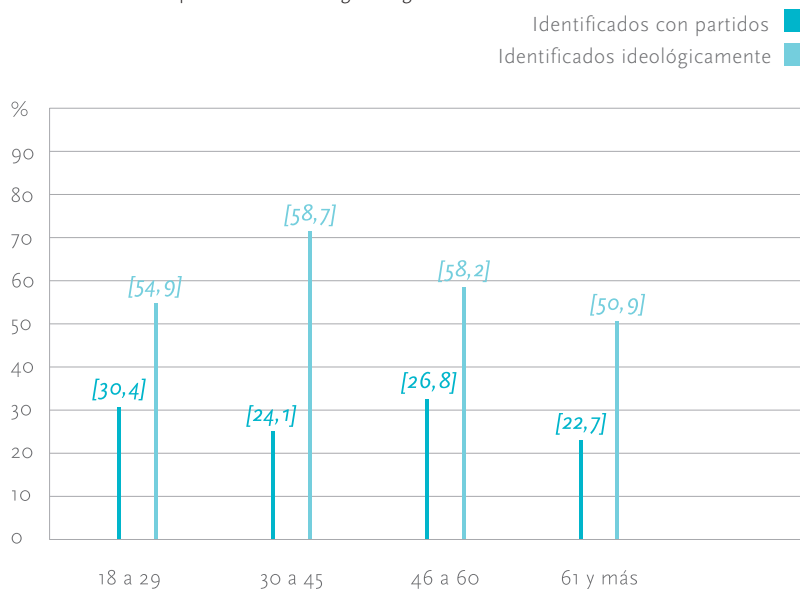


Gráfico 5

Identificación partidaria e ideológica según nivel educativo

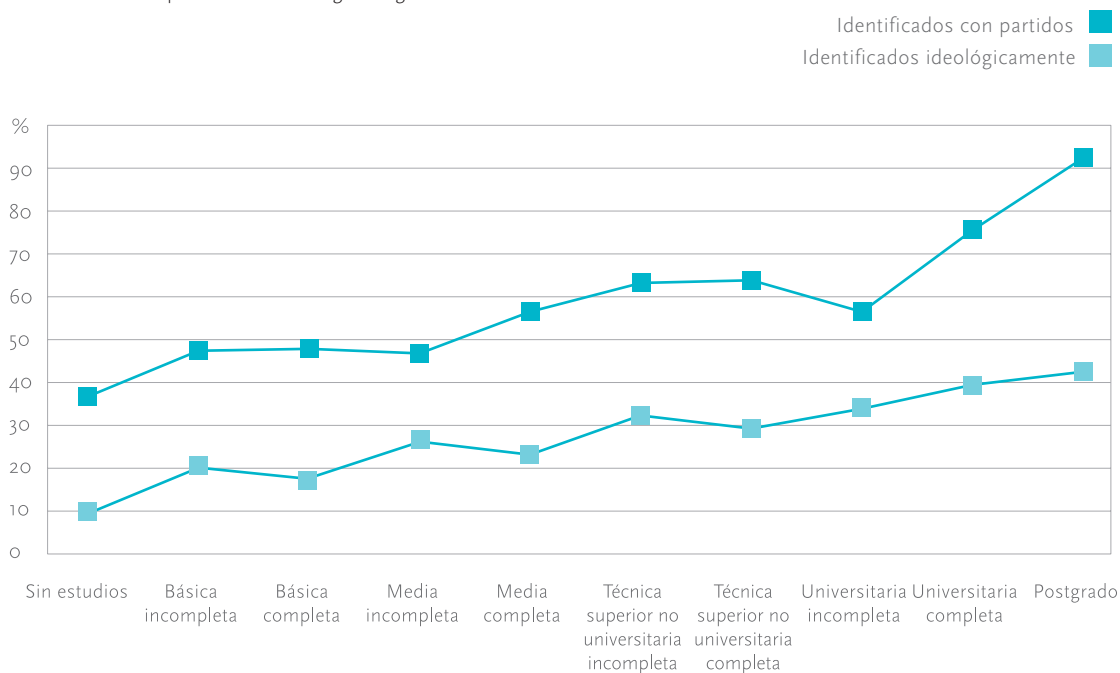


Gráfico 6

Identificación partidaria e ideológica según nivel socioeconómico

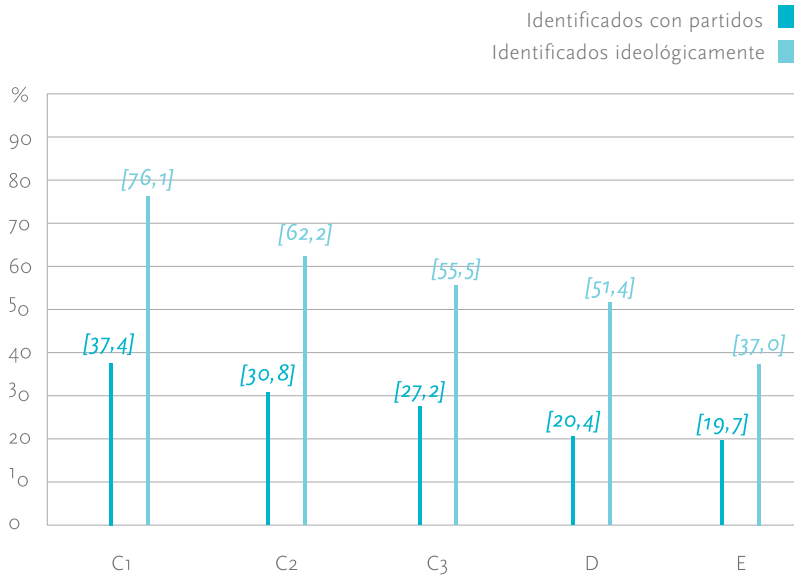
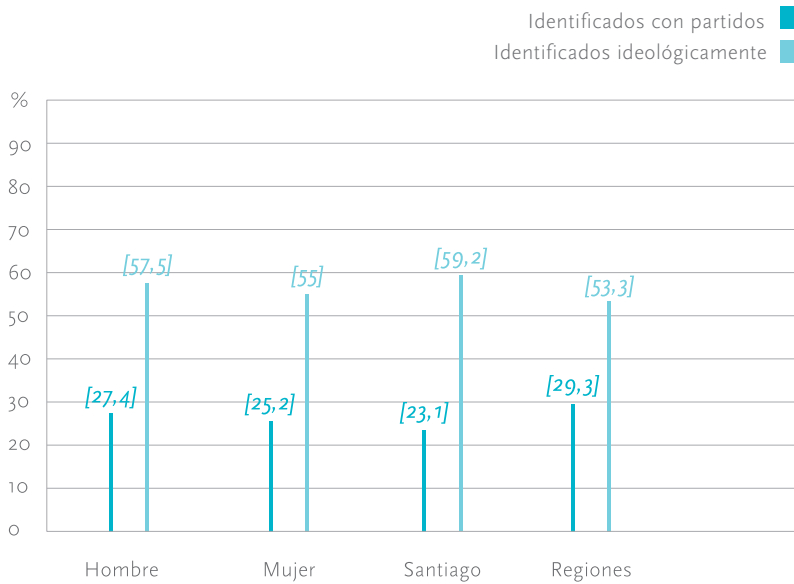


Gráfico 7

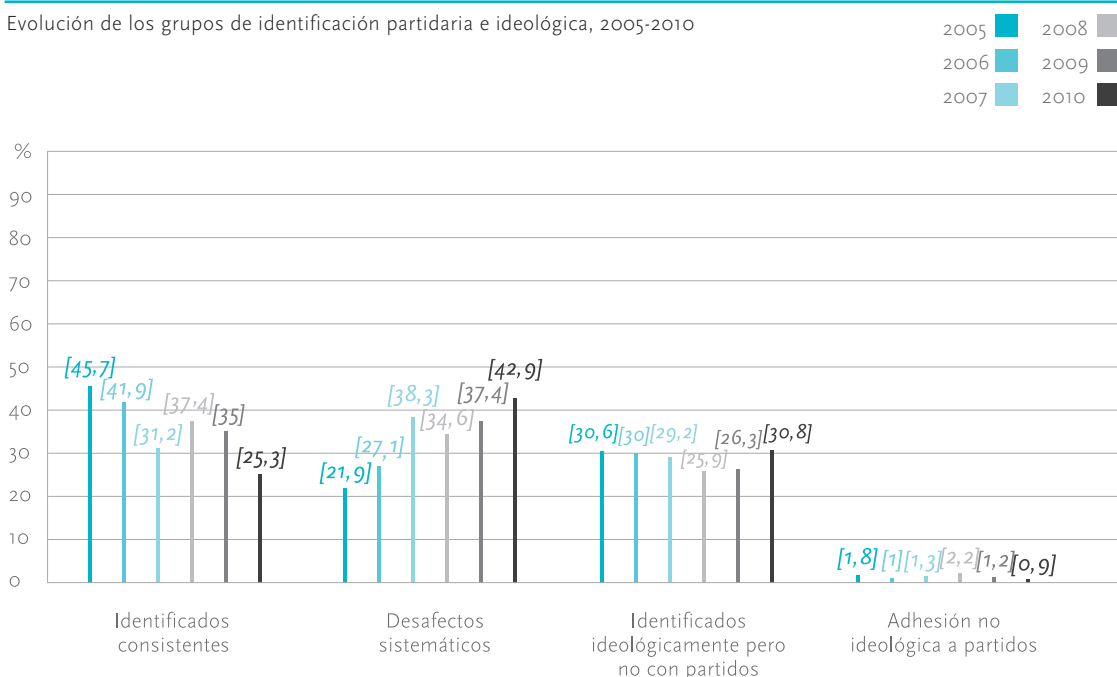
Identificación partidaria e ideológica según sexo y hábitat



Fuente gráficos 4,5,6 y 7: Elaboración propia con datos de la Encuesta Nacional UDP 2010.

Gráfico 8

Evolución de los grupos de identificación partidaria e ideológica, 2005-2010



Fuente: Elaboración propia con datos de la Encuesta Nacional UDP, 2005-2010.

¿Qué explica la identificación partidaria?

Luego de haber evaluado los posibles determinantes de la identificación partidaria, someto a prueba algunas hipótesis. Debido a la limitada extensión de este trabajo me concentraré en edad y educación como dos factores centrales para la teoría de la modernización respaldada por Dalton. Es decir, que tanto jóvenes como personas más educadas tienden a presentar menores niveles de afección partidaria. Sobre esto ya se avanzó en el punto anterior, pero me parece adecuado probar el funcionamiento de estas variables en un modelo estadístico. Controlo el efecto de dichas variables mediante sexo y hábitat. Adiciono otras variables que van más apegadas a la evaluación que los ciudadanos realizan respecto al funcionamiento del país y que se aproximan a la propuesta teórica de Mainwaring et al. (2006) ligada a la eficiencia estatal. En específico, me refiero a las evaluaciones de la economía del país y la economía personal, percepción de corrupción y satisfacción con la democracia.

Sugiero un modelo *logit*. La variable dependiente corresponde a identificación partidaria. He codificado como “1” a aquellos encuestados que tienen cercanía con alguno de los partidos, y con “0” aquellos que no la tienen, incluyendo los que no saben o no contestan la pregunta. Mi objetivo no es encontrar los determinantes de representación de cada uno de los partidos, sino que la identificación en general. Además, el número de casos que corresponde a la identificación por cada partido es muy reducido y dificulta la especificación de un modelo.

Incluyo como fuerte control en el modelo al interés en la política, asumiendo ciertamente que los más interesados presentan mayores niveles de identificación. Esto puede contribuir a despejar algunos problemas

de endogeneidad en la especificación del modelo, debido a la bidireccionalidad causal que puede existir entre la identificación y las variables asociadas al modelo teórico que aplica para las democracias andinas (Mainwaring et al., 2006). De todas formas, añado un segundo modelo que excluye el interés en la política. Seguramente esta variable captura gran parte de la varianza de la adhesión partidaria, por lo que podría anular el efecto de otras variables incluidas en el modelo estadístico.

Los resultados van en la línea de lo señalado más arriba. En primer lugar, la edad no tiene un efecto significativo sobre los niveles de vínculo político. Este dato no es novedoso y ha sido constatado con otras encuestas en Chile (Schuster, 2007; Segovia, 2009; Morales y Rubilar, 2010). En segundo lugar, la educación tampoco tendría un efecto significativo descontando el impacto que ejerce el interés en la política. Sin embargo, al excluir esta variable, los años de educación (en el modelo 2) funcionan de la manera esperada, considerando los datos descriptivos: los más educados tienden a representarse más que los menos educados. En tercer lugar, no se advierte un efecto significativo de variables asociadas a eficiencia estatal. Sólo la corrupción tiene cierto impacto en el modelo 2, mostrando que quienes más corrupción perciben, menos identificación muestran.

Tabla 1

Modelos de regresión logística. La variable dependiente es identificación partidaria

	Modelo 1	Modelo 2
Sexo (1=Hombre; 2=Mujer)	0,031	-0,006
Edad	-0,002	-0,002
Educación (1=Sin estudios; 9=Postgrado)	0,055	0,105 ***
RM (1= RM; 0=Regiones)	0,383 ***	0,282 ***
Interés en la política (1=Nada interesado; 4=Muy interesado)	0,519 ***	-
Situación económica del país (1=Muy mala; 5=Muy buena)	-0,088	-0,032
Situación económica personal (1=Muy mala; 5=Muy buena)	-0,020	-0,005
Percepción de corrupción (1=Ha disminuido; 3=Ha aumentado)	-0,159	-0,216 *
Satisfacción con la democracia (1=Nada satisfecho; 4=Muy satisfecho)	0,096	0,101
Constante	-2,353 ***	-1,427
R cuadrado de Nagelkerke	0,096	0,03
Porcentaje pronosticado correcto	72	70,5

Fuente: Elaboración propia con datos de la Encuesta Nacional UDP, 2005-2010.

*** Significativo al $p \leq 0.01$ ** Significativo al $p \leq 0.05$ * Significativo al $p \leq 0.1$

Conclusiones

La identificación partidaria ha caído de manera sistemática en Chile. Lo particular del caso es que dicho descenso ha sido más o menos parejo según cada grupo de edad. Acá sólo evaluó el comportamiento de las variables en una sola encuesta, pero otros trabajos han mostrado que esta tendencia se ha mantenido en el tiempo (Morales y Rubilar, 2010). Entonces, y contrario a lo que suele pensarse desde los distintos enfoques que estudian el tema, la edad no es un predictor significativo de la filiación con los partidos. Incluso segmentando por generaciones políticas (Toro, 2009) el resultado se mantiene sin grandes variaciones. La desafección es similar en encuestados que votaron en el plebiscito de 1988 respecto a los que no votaron en esa elección.

El caso de Chile no se condice con el modelo teórico aplicado para las democracias industrializadas avanzadas. No es que Chile sea un caso “postmaterial” en América Latina. Esto, porque ni la edad ni la educación funcionan de la manera esperada por el modelo. Es decir, la adquisición de mayores habilidades cognitivas no va de la mano con un decrecimiento de la adhesión partidaria. Los datos descriptivos muestran, en el caso de la educación, un funcionamiento inverso a como predice la teoría. Son los más educados los que más se representan con los partidos. En el peor de los casos, como sugiere uno de los modelos estadísticos, la educación no tendría mayor efecto sobre la identificación. Pero cuando se analiza por ingreso, claramente los segmentos más altos muestran mayores niveles de adhesión a partidos.

Estos resultados invitan a repensar el caso de Chile a la luz de los distintos modelos teóricos sobre la desafección partidaria. Los datos no permiten clasificar a Chile en el mismo grupo de los países con democracias industrializadas avanzadas atendiendo a los factores que, para esos casos, explican la caída de la identificación. Chile tampoco calza con el modelo teórico sugerido por Mainwaring et al. (2006) para las democracias andinas.

Si bien se advierten quejas de la ciudadanía, particularmente por el problema de la delincuencia, las deficiencias estatales no son de la misma magnitud que en Perú, Ecuador, Venezuela o Colombia. Por tanto, las razones de la débil identificación partidaria probablemente tengan relación con algunas coyunturas históricas como el tipo de régimen autoritario y el formato de la transición a la democracia. Ahí podrían encontrarse las raíces del descontento y el eterno malestar ciudadano con la clase política (Huneus, 1999). A esto se debe añadir la escasa competitividad que impone el sistema electoral binominal, generando una especie de oligopolio partidario que impide el fortalecimiento de la representación.

Referencias

- ABRAMSON**, Paul R. y Charles W. Ostrom. 1991. "Macropartisanship: An Empirical Reassessment", *American Political Science Review* 85 (1): 181-192.
- ALBRIGHT**, Jeremy J. 2009. "Does Political Knowledge Erode Party Attachments?: A Review of the Cognitive Mobilization Thesis", *Electoral Studies* 28 (2): 248-260.
- BISHOP**, George F., Alfred J. Tuchfarber y Andrew E. Smith. 1994. "Question Form and Context Effects in the Measurement of Partisanship: Experiment Tests of the Artifact Hypothesis", *American Political Science Review* 88: 945-954.
- BRADER**, Ted y Joshua A. Tucker. 2001. "The Emergence of Mass Partisanship in Russia, 1993-1996", *American Journal of Political Science* 45 (1): 69-83.
- CAMPBELL**, Angus, Philip Converse, Warren Miller y Donald Stokes. 1960. *The American Voter*. New York: John Wiley.
- COLOMER**, Josep y Luis Escatel. 2005. "La dimensión izquierda-derecha en América Latina", *Desarrollo Económico* 45 (177): 123-136.
- CONVERSE**, Philip E. 1969. "Of Time and Partisan Stability", *Comparative Political Studies* 2: 139-171.
- DALTON**, Russell J. 1999. "Political Support in Advanced Industrial Democracies", en *Critical Citizens. Global Support for Democratic Governance*, editado por Pippa Norris. Oxford: Oxford University Press.
- DALTON**, Russell J. 2000. "Citizen Attitudes and Political Behavior", *Comparative Political Studies* 33 (6/7): 912-940.
- DALTON**, Russell. 2002. *Citizen Politics: Public Opinion and Political Parties in Advanced Industrial Democracies*. Chatham: Chatham House.
- DALTON**, Russell J. y Steven Weldon. 2007. "Partisanship and Party System Institutionalization", *Party Politics* 13 (2): 179-196.
- HINICH**, Melvin y Michael Munger. 1994. *Ideology and the Theory of Political Choice*. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- HOLMBERG**, Sören. 2007. "Partisanship Reconsidered", en Russell Dalton y Hans D. Klingemann, *The Oxford Handbook of Political Behavior*. Oxford: Oxford University Press, pp. 557-570.
- HUNEEUS**, Carlos. 1999. "Malestar y desencanto en Chile: Legados del autoritarismo y costos de la transición", Papeles de Trabajo. Programa de Estudios Prospectivos, 54, Santiago.
- LEVINE**, Daniel y José Molina. 2007. "La calidad de la democracia en América Latina: Una visión comparada", *América Latina Hoy* 45: 17-46.
- MAINWARING**, Scott. 1999. *Rethinking Party Systems in the Third Wave of Democratization: The Case of Brazil*. Stanford: Stanford University Press.
- MAINWARING**, Scott. 2006. "State Deficiencies, Party Competition, and Confidence in Democratic Representation in the Andes", en Scott Mainwaring, Ana María Bejarano y Eduardo Pizarro Leongómez, *The Crisis of Democratic Representation in the Andes*. Stanford: Stanford University Press.
- MAINWARING**, Scott y Timothy R. Scully. 1995. "La institucionalización de los sistemas de partidos en América Latina", *Revista de Ciencia Política* XVII (1-2): 63-102.
- MAINWARING**, Scott; Ana María Bejarano y Eduardo Pizarro Leongómez. 2006. *The Crisis of Democratic Representation in the Andes*. Stanford: Stanford University Press
- MACKUEN**, Michael B., Robert S. Erikson y James Stimson. 1989. "Macropartisanship", *American Political Science Review* 83 (4): 1125-1142.
- MILLER**, Warren y Merrill Shanks. 1996. *The New American Voter*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- MORALES**, Mauricio y Fernando Rubilar. 2010. "La evolución de la identificación partidaria en Chile. La edad no hace la diferencia", manuscrito.
- PAYNE**, Mark, Daniel Zovatto, Fernando Carrillo y Andrés Allamand. 2003. *La política importa. Democracia y desarrollo en América Latina*. Washington, D.C.: BID e Instituto Internacional para la Democracia y la Asistencia Electoral.
- ROSE**, Richard y William Mishler. 1998. "Negative and Positive Party Identification in Post-Communist Countries", *Electoral Studies* 17 (2): 217-234.

SCHUSTER, Martín. 2007. "¿Me inscribo por ninguna?: Algunos determinantes de la participación electoral de los jóvenes chilenos en comparación a la población nacional en las encuestas de opinión, 1990-2006", tesis para optar a la licenciatura en ciencia política, Universidad Diego Portales.

SEGOVIA, Carolina. 2009. "¿Crisis de la política en Chile? Percepciones y valoraciones de los partidos", en Rodrigo Cordero (ed.), *La sociedad de la opinión. Reflexiones sobre encuestas y cambio político en democracia*. Santiago: Ediciones UDP.

TORO, Sergio. 2008. "De lo épico a lo cotidiano: jóvenes y generaciones políticas en Chile", *Revista de Ciencia Política* 28 (3): 143-160.

ZECHMEISTER, Elizabeth J. 2010. "Left-Right Semantics as a Facilitator of Programmatic Structuration", en *Latin American Party Systems*, eds. H. Kitschelt, K. Hawkins, J. Luna, G. Rosas y E. Zechmeister, Cambridge: Cambridge University Press: 96-118.